

Juan García Plá

# Memorias de un exiliado español

## (Parte I)

Equipo C.E.D.C.S.

Colección: bibliografía recomendada, e-libro,  
Fecha de Publicación: otoño 2020  
Número de páginas: 41  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El Archivo de la Frontera es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)



# **Memorias de un exiliado español**

**Juan  
García  
Plá**

**Parte I**

## **MEMORIAS DE UN EXILIADO ESPAÑOL**

Hace ya tiempo que corre por mi cabeza la idea de plasmar sobre el papel lo que ha sido y sigue siendo mi vida durante los 67 años que llevo de existencia. Pero mi carencia de estudios primarios, que me obligan a cometer muchísimas faltas de orden gramatical y ortográfico, me han impedido siempre llevar a la realidad este deseo mío, sentido y anhelado desde que salí de España en marzo de 1. 939, pero me determinó realizarlo para que mis hijos y familiares tengan testimonio de mi conducta en todos los sentidos de mi vida.



22-12-1.900

Recuerdo cuando yo tenía 5 años, mi madre que era una buena santa. A pesar de no saber leer y escribir, tenía un corazón tan bondadoso que no podía sustraerse al ver las - flaquezas económicas o de orden moral con sus vecinos o amistades sin que ella pusiera su contribución, y diera su apoyo al necesitado, y no porque nosotros fuéramos ricos, al contrario, nunca hemos sabido lo que es la abundancia.

Mi padre era campesino y llevaba unas tierras en arriendo que tenían en Cocentaina los descendientes del Conde de Casarrojas. Mi pueblo está situado a unos 57 kilómetros de Alicante, capital de la provincia. Como iba diciendo, mi padre y mi hermano mayor, trabajaban las tierras, y aquello daba a mi familia cierta independencia y los medios necesarios para poder tirar adelante, teniendo en cuenta que cuando las cosechas se malograban por la sequía, también pasábamos apuros económicos, pero esto no quitaba para que mis padres fuesen un verdadero ejemplo de bondad humana. Ya en esta edad de los 5 años,

mi madre me contó más de una vez que yo había nacido antes de hora, o sea, a los 7 meses, debido a un accidente que por poco le costó la vida a la que dio mi ser. Ocurrió esto cuando mi madre venía de la fuente cargada con tres cántaros de agua y al llegar a la mitad del camino vio un caballo que había roto sus amarras y brincaba como un desesperado.

Mi familia habitaba una casa que era del mismo propietario de las tierras, y estaba situada enfrente de la iglesia parroquial, donde la morada del cura lindaba con la nuestra. He visto a mi familia muy pocas veces ir a la iglesia, y mi padre, que creo que murió a los 70 años, solo entró en la iglesia el día que le bautizaron y cuando contraí matrimonio, no obstante, toda mi familia han sido creyentes. De ahí que cuando yo era un poco mayor, tendría unos siete años, mi madre me puso de monaguillo, y empecé a ir todos los días a la iglesia parroquial, en la que había seis muchachos, casi todos de mi edad, pero veteranos en el oficio y más "vivos", yo les tenía miedo.

Yo entonces sabía defenderme en la lectura, porque mi madre me llevó desde muy pequeño a casa la tía Salvadora, esta mujer recogía una manada de pequeñuelos y al mismo tiempo que nos entretenía, tenía una férrea voluntad en hacernos aprender el catón, o sea, el abecedario, y ligar las silabas, luego las palabras. Así que cuando me hicieron monaguillo, yo era uno de los primeros en una escuela de párvulos. Pronto aprendí mis obligaciones monacales, y siempre que había una ceremonia matrimonial o bautismal era yo el primero en acudir a casa del sacristán, el cual se llamaba el tío Manuel, hombre muy bondadoso, pero muy borracho, y entre los dos preparábamos el altar para la ceremonia. Terminada esta, me iba muy contento a casa porque siempre recogía algunas monedas que me daban los recién casados, o bien, de los que apadrinaban al recién nacido.

Mi madre solo venía a la iglesia cuando sabía que había misa de difuntos en la que yo cantaba el "Réquiem Eternam", y

haciéndolo con tanta devoción y bastante buena voz que las pobres mujeres salían de la iglesia cansadas de derramar lágrimas. Entonces era tanta mi inocencia que estaba convencido que los curas no se morían, pero al cabo de un año de encender cirios y repicar campanas se murió un viejo cura y al entierro acudió todo el clero local y el féretro lo entraron de cabeza a la iglesia; yo le pregunté al sacristán: "¿Por qué a los demás los entran por los pies y a éste por la cabeza?", y me contestó que los curas iban de cabeza al cielo (y me guiñó el ojo). Desde aquel día empezaron a decaer mis sentimientos religiosos, empezaba a dudar de los curas (que muchas veces se pegaban con el cielo), también dudaba de los santos y de las propias hostias que entre el sacristán y yo hacíamos en un molde y un horno que tenía en su propia casa.

Cada sábado se hacía limpieza general en la iglesia y nos quedábamos dos monaguillos con el sacristán. A mí me destinaron a quitar el polvo de los altares y esto me disgustaba, porque la imagen de San Pedro me producía un miedo horrible y no lo podía soportar. Era tan grande mi nerviosismo que cuando llegué a su altar le di tan fuerte golpe a la túnica que esta se dobló un poco hacia arriba poniendo al descubierto y ante mis ojos los cuatro palos que aguantaban la enorme cabeza y su fantástica vestimenta; me quedé pensativo y con la boca abierta exclamé: "¡ladrón, que miedo me has hecho pasar!". Después de este incidente me reía cuando veía orar pidiendo alguien consuelo a sus males ante esa imagen. Para mí la religión y la iglesia ya no tenían ninguna influencia en mis sentimientos, y al cabo de tres años de ir rodando detrás de los curas me pasó el siguiente caso: todos los domingos del año iba a ayudarle a dar misa a un cura muy guapetón. íbamos al convento de las monjas Trinitarias, estas hijas de Dios hacían escuela y además de tener una raigambre de pequeños, también tenían un gran número de muchachas de doce a dieciséis años que además de hacerles aprender a leer y escribir, les enseñaban a bordar y coser. Un domingo - y este fue el último - después de la misa, el cura se metía dentro de la

sacristía (habitación que existe detrás del altar) y allí se encuentran los vestuarios y utensilios de dar misa, y mientras yo recogía los utensilios y apagaba los cirios del altar... no se si el cura pasaría más tiempo de lo debido en sus menesteres de cambiarse de ropa, o yo aceleré mi trabajo y terminé antes que de costumbre... la -cuestión es que al entrar yo cargado con el misal y las vinajeras vi que estaba bien agarrado con una monja, y de momento me sentí un fuerte golpe en mi cara que me retumbo toda la cabeza y medio atolondrado dejé lo que llevaba en mis manos y me fui a mi casa y apenas puse los pies en ella mi madre me salió al encuentro y yo no pude contener mi pena y me puse a llorar, mi madre se asustó al verme la oreja hinchada y el ojo amoratado del bofetón que me dio el servidor de Dios en la tierra. Mi madre se alarmó y empezó a preguntarme el porqué de todo aquello, yo le expliqué y apenas escuchó lo que le dije, me habló de esta manera: "escucha, hijo mío, a partir de hoy tu dejarás de ser monaguillo, pero cuidado de no decir nada a tu padre porque es capaz de que vaya a buscar al cura y lo mate, y si esto pasara... seria nuestra completa ruina". Seguí los consejos de mi madre, y empecé una nueva vida yendo con mi padre a la huerta, pero mi madre como era muy previsora, muchas veces le decía a mi padre: "Mira Vicente, nosotros vamos para viejos y sería conveniente que el chiquillo aprendiera un oficio". Así que se hicieron las gestiones con un tal Quinquet del Puntarró (su verdadero nombre era Francisco Gisbert Mora) el cual tenía un taller de zapatos a la medida en la calle Mayor, a donde toda mi familia iba a calzarse. Ingresé como aprendiz cuando aún no había cumplido los 11 años, tomando muy a gusto mi nuevo oficio.

En aquella época los pequeños talleres manuales tenían por costumbre no trabajar los lunes. De buena mañana el patrono preparaba el trabajo para el día siguiente y los aprendices limpiábamos las mesas y lo dejábamos todo listo para el martes, o sea, que las obligaciones de los lunes duraban unos tres cuartos de hora. Luego venían los tres o cuatro obreros de la casa y juntamente

con el patrono nos íbamos todos juntos de paella.

Yo me compenetré mucho con el oficio y tenía tanto afán de aprender que muchos días -sin que nadie me obligara a ello- estaba hasta las once de la noche mirando como el tío Quinquet de Casanova (obrero muy calificado) preparaba su trabajo para coserlo a mano, y muchas veces me daba algún trabajito para entretenarme en su especialidad. Fui su aprendiz hasta que, por su intervención y mi constancia, el patrono medió tareas de balbines blancos y de charol a tanto la pieza, pasando a ser obrero al cabo de cuatro años de aprendizaje.

Ya me sentía un hombrecito y en aquella época D. Bonifacio Pérez de León hizo construir una gran fabrica con maquinaria moderna para la fabricación de calzado, por lo que se emplearon muchos chicos y los tres aprendices que trabajaban en mi mismo taller se fueron a trabajar a dicha fabrica. Todos los días cuando terminaban su jornada (10 horas), pasaban por el taller y me motivaban para que me fuera a trabajar con ellos. Por fin dejé el taller e ingresé en la mencionada fabrica en la que estuve un año haciendo balbines, ganando una peseta a la semana, pero vino un día en que instalaron nuevas máquinas y a los jóvenes que ponían los cambrillones y hacían el relleno del montado a mano los colocaron en las nuevas máquinas y a mi me pusieron a ocupar el sitio de estos, pero haciendo el relleno a destajo. Recordaré toda mi vida que con las ansias de llevarle a mi madre un buen salario, esa semana trabajé como un desesperado (ni siquiera iba al aseo para no perder tiempo), pero vino el sábado y las 18 Pts. que montaba el trabajo que yo había realizado durante la semana no querían dármelas, alegando que el encargado cobraba el mismo sueldo, y yo, un chiquillo no iba a cobrar igual que él. Al decirles que mis padres sabían lo que yo me había ganado (pues llevaba en una libreta marcada por el encargado todo el trabajo realizado), y a fuerza de ruegos y discusiones me pagaron las 18 pesetas; me fui a casa contento por el dinero, pero también triste por lo ocurrido. Mis padres me esperaban, pues tardé

más de la cuenta al quedarme el último en la fábrica, además del tiempo que me retuvieron en el despacho a consecuencia de no quererme dar el producto de mi trabajo, total, que llego a casa y le entrego el dinero a mi madre, estando mi padre presente, les cuento lo que había ocurrido con lágrimas en los ojos, y entonces mis padres me dijeron: "No te apures, el lunes vas a trabajar y si te dicen algo que no te conviene, coges las herramientas y te vienes a casa". El lunes, voy al trabajo, y antes de empezar me llaman al despacho y me dicen que si quería trabajar tenía que hacer la misma cantidad de trabajo, como si lo hiciera a destajo, pero con 6 reales de sueldo, yo les conteste que ni una cosa ni la otra; cogí las herramientas y me fui. Esta fue el resultado de haber salido del taller, al que volví ocupando el mismo sitio que tenía y llegué a conseguir ser un buen obrero.

Pero la vida tiene sus alternativas y cuando más estable cree uno que se encuentra... se presenta cualquier cosa y tiene que dejarlo todo, esto es lo que ocurrió con el patrono del taller. Hacía años que tenía familia en Barcelona y estaban establecidos en la calle Urgel, enfrente del mercado de San Antonio. Los negocios les iban bien. Tenían dos tiendas de ventas de zapatos por lo que mi patrono decidió instalarse en la Ciudad Condal. Un cuñado de él se hizo cargo del taller, José Sancho, el cual día a día perdía clientela,

A mi nuevo maestro le salió una plaza en la fábrica más importante del pueblo ("Casa Riera") y me llevó con él. En esta fábrica se producían mil pares de zapatos diarios y era una de las mejores de la provincia. Trabajamos a destajo, realizando un trabajo manual que las máquinas no podían hacer. Nos ganábamos un buen sueldo, yo llegué a ganarme en una semana 37 pesetas. Todo esto ocurrió por los años 1.917 o 1.918.

Durante ese tiempo yo hice amistad con una buena y hermosa muchachita que tendría un par de años menos que yo, - soy nacido el 22 de diciembre de 1.900 -. Esta muchachita trabajaba en la misma fábrica encontrándose esta industria instalada a 1 kilómetro de

distancia del pueblo y a orillas del río Serpis. Los obreros nos llevábamos la comida y cuando sonaban las 12 h. del mediodía, nos salíamos al campo a comer, con lo que aquello parecía una gira campestre entre hombres y mujeres. La "Chorrineta" y yo, que así se llamaba de apodo la graciosa muchachita, ya que su verdadero nombre era Rafaela, nos hicimos muy buenos amigos y nos compartíamos la comida. Al terminar la jornada de trabajo nos juntábamos varias parejas y yo la acompañaba hasta la plaza del mercado, que era donde se encontraba su casa. Pero un día se nos presentó de sopetón una mujerona alta y delgada con cara de Guardia Civil que llevaba una alpargata en la mano derecha, ¡¡Era su madre!! Le dio tal paliza a la pobre muchachita, que yo me sentía muy triste, pero al día siguiente estaba risueña y alegre, como no haciendo caso de las palizas y amenazas de su madre.

Un caso voy a explicar, y es el siguiente: Yo no sé si a raíz de ser sietemesino o bien porque fui el último de la hornada (ya que éramos dos hembras y dos varones en mi familia), me desarrollaba muy débil, siendo toda mi familia fuerte, lo que llevaba a que fuese algo tímido. Lo cierto es que la "chorrineta" y yo éramos inseparables. Aquel año y en el jueves del Corpus, mi madre me hizo estrenar el primer traje con pantalón largo y me compró un sombrero de fieltro; parecía yo una caricatura, no me atrevía ni a sentarme en ningún sitio, por temor a que se arrugaran los pantalones. Era como si estuviera dentro de un traje de cartón, sufriía, pero este sufrimiento era recompensado esperando el atardecer para que me viera Rafaela.

Cuando la procesión del Corpus dejó de pasar por su casa, ella salió a la fuente y yo me puse a su lado un poco intranquilo por temor a que su madre nos viese, ella me tranquilizó diciéndome que su madre se encontraba indisposta y que estaba en la cama. De regreso de la fuente dejó los cántaros en la casa y nos fuimos hablando por la calle, y en este momento pasó un hombre borracho como una cepa y me dio un trompazo en la cabeza que mi sombrero se fue rodando a diez metros de distancia, allí se agruparon varios que pasaron por la calle

y se llevaron al borracho, quedándome triste y pensativo de ver el destrozo que había tenido mi primer traje de pantalón largo. Pasan los días, las semanas y también algunos meses y la madre de mi amiguita sigue dándole con la alpargata siempre que nos ve charlando, pero en cambio le aconseja a su hija que me pida que le compre ciertas cosas y hasta un cierto día me dijo que le comprara un corsé de moda, que llevaba unas ligas para sujetar la media hasta mucho más arriba de la rodilla. Yo se lo compré, creo que me costó siete pesetas, pero empecé a reflexionar y saqué la conclusión de que no era una manera lícita de quererme, y dejé a "Chorrineta".

Un tiempo más tarde los obreros de la fábrica Riera decidieron asociarse y acudimos a la casa "del Deme", situada en la calle de San Cristóbal, en donde había una sociedad de oficios varios denominada "El Despertar". Allí estaban un buen número de anarcosindicalistas que trabajaban en las fábricas textiles de Alcoy, y un pequeño número de obreros socialistas que nunca se les veía un libro en la mano. Pues como he dicho íbamos acudiendo a este centro social para asociarnos y defender mejor nuestros intereses morales y materiales que estaban muy escarnecidos por los grandes patronos de la localidad que después que explotaban al máximo a sus obreros... en tiempo de elecciones se los llevaban como si fueran manadas de borregos a votar por el santo que más les convenía, y ya sabía todo obrero que si desobedecía la orden caciquil del patrono, que se diera por despedido y condenado al pacto del hambre. En una situación tan oprimida se encontraban los obreros en la fábrica que yo trabajaba, que unos jóvenes mayores de veinte años entre los que recuerdo a Paco Rodrigo, y otro que se llamaba de apodo "el moreno de chanca", emprendieron la noble tarea de organizar a todo el personal de aquella mansión feudal. Pero se dio el caso que los esbirros del patrono pusieron a este al corriente de todo lo que ocurría, y este empezó a despedir gente. Esta incalificable actitud provocó dos amplias reuniones de los obreros, presididas por uno que le llamaban de apodo "el gallo", que ocupaba el cargo de presidente de "El

"Despertar", y era de tendencia socialista. Se acordó en estas reuniones declarar la huelga a la casa Riera, y así se llevó a efecto. Se nombró un comité para que vigilará y encauzara el movimiento; a partir de aquel día mi casa se convirtió en la sede de todas las actividades, porque teníamos un patio grande y aquello nos permitió instalar unas banquillas y recoger trabajo de los pequeños talleres, y ayudar a los más necesitados. Éramos 12 trabajando, entre ellos mi maestro y los principiantes que formaban el comité y al ser el verano del 17, podíamos trabajar un puñado de horas a la luz del día, pero en realidad se hacía muy poca cosa a raíz de que todos los días venían emisarios a poner al corriente el comité de las actividades de la patronal y sus esbirros.

El primer día de huelga la fábrica fue custodiada por la Guardia Civil, al cabo de tres días supimos que los patronos dieron dinero a los encargados para que se hiciera una paella en una casita de campo, acudiendo a esta comida algún timorato huelguista con el propósito de hacer de esquirol; en esta ocasión el patio de mi casa se quedó vacío porque se fueron todos a donde se estaba haciendo la paella los "rompehuelgas" armándose la de San Quintín, y a causa de esto llamaron algunos al cuartel de la Guardia Civil amenazándoles con llevarles a la cárcel, así es, que la gente cogió miedo y los patronos a los 5 días de huelga abrieron las puertas de la fábrica, y siempre había algún "Judas" que se metía dentro. Estuvimos unas tres semanas viendo venir el fracaso, por lo que se celebró una asamblea en el local social, y después de una tarde de discusiones se acordó retomar el trabajo dándose fracasada la huelga; esto envalentonó a los patronos que admitieron a los que les dio la gana, y muchos tuvieron que emigrar a Barcelona por no encontrar trabajo en el pueblo. Yo corrí la misma suerte, pero fui admitido de nuevo en el taller que aprendí el oficio (creo que esta represalia sería por haber ofrecido mis padres el patio de la casa para que nos desenvolvíramos durante la huelga).

Trabajo en el taller y soy el único obrero de la casa la cual está

situada en la calle principal del pueblo, la calle Mayor. Yo trabajo en la planta baja donde hay una gran ventana al lado de la cual se puede trabajar todo el día con la luz natural, a la vez podía ver muy bien a todos los que pasaban por la calle. Un día por la mañana se encontraba conmigo un buen amigo mío, que era uno de los despedidos de la famosa Casa Riera, el cual, además de quedarse sin trabajo tuvo la desgracia de caer enfermo —se le declaró una tuberculosis que lo llevó a la sepultura después de tres años de sufrimiento—este amigo se llamaba Paco Rodrigo. Venía diariamente al taller y pasaba el tiempo en mi compañía porque también éramos vecinos.

Un día Paco me dijo: "—Juan, mira que morenita más bonita pasa por ahí con la canasta de pan encima de la cabeza.—" Me levanté y salí a la calle y efectivamente, vi una jovencita de mediana estatura, pelo muy negro y ondulado, cara morena, ojos muy negros y vivos, nariz muy afilada y los dientes... los dientes eran la envidia de todo el pueblo, los tenía tan blancos y también tan proporcionados que cuando sonreía le daba una gracia aquella boca tan divina que daba gusto conversar con ella. También estaba muy bien formado su cuerpo. Era un encanto, pero iba pobemente vestida de negro. Trabajaba en el Horno—Panadería del tío Daniel "el Nap" y terminaba su jornada de las 3 a las 4 de la tarde y empezaba la jornada a las 4 de la mañana, o sea hacía doce horas diarias. Yo empecé a interesarme por ella, hasta el extremo que siempre que la veía pasar la llamaba !NEGRA! y ante mi insistencia en saber dónde habitaba para poder hablar con ella... un día me indicó su domicilio. Una noche de otoño me fui a la calle donde ella moraba y me quedé esperando con el corazón hinchido de esperanza de poderla ver y cuando ya llevaba una media hora que pareció un siglo... vi abrirse la puerta de su casa y vi salir un mocetón bastante grande, pero a unos minutos de intervalo salió ella con tres grandes cántaros para traer agua de la fuente. La acompañé, pero note alguna desconfianza de su parte, no obstante de regreso le di la mano y le ayudé a llevar los

cántaros, pues ella vivía en la parte alta del pueblo y la fuente se encontraba en la plaza del mercado por lo que tenía que atravesar medio pueblo y cuando llegamos cerca de su casa nos paramos y yo le dije: —"Oye NEGRA, cuando te estaba esperando he visto salir de tu casa a un hombre, ¿es tu hermano?..." "Se me puso a llorar, y yo inquirí de nuevo, y la pobre me contó en breves palabras que ella no tenía familia, que sus padres y hermanos habían muerto a raíz de una epidemia, que ella también estuvo a punto de morir, pero se salvó y unos viajecitos del barrio la recogieron cuando se quedó huérfana a los 5 años de edad, y que el hombre que yo había visto salir de su casa era el novio de la hija de los viejos.

Me despedí de ella con el corazón oprimido por la pena, y con el ánimo hecho de no abandonarla, si ella estaba dispuesta a ser mi novia. Llegué a mi casa, y cuando mi madre preparó la mesa para cenar, expliqué a mis padres lo acontecido con esta muchacha. Mis padres me dijeron que conocían bien a esta desgraciada familia y que eran unas excelentes personas, que habían sido muy buenos campesinos, y que además de trabajar las tierras el padre y los dos hijos se quedaban empresas haciendo pozos y galerías subterráneas para sacar agua, logrando crearse un buen porvenir que les permitía vivir de lo suyo. Pero la fatalidad entró en aquella familia causando el drama de la que 7 años más tarde tenía que ser mi mujer. Desde aquel día yo me propuse conquistar el corazón de la huérfana, y no desperdiciaba ninguna ocasión para hacerme querer. Ni NEGRA es nacida el 15 de febrero del año 1905; así es que cuando yo la conocí tendría poco más o menos 13 o 14 años.

Quiero decir también que, a pesar del fracaso de la huelga ya citada, yo seguí asociado, pero me simpatizaron más los del grupo anarcosindicalista y empecé a alternar con ellos. Casi todas las noches frecuentaba el salón de lectura el cual estaba siempre concurrido por obreros que trabajaban en el textil de Alcoy y parte de la velada se pasaba leyendo o bien hablando de problemas económico-sociales. Recuerdo que el primer libro que me dieron a

leer fue "La Conquista del Pan" y poco a poco y en el transcurrir de los días me hice simpático a los que acudían a dichas tertulias. Esto me valió para incrementar mi voluntad en la lectura. Recuerdo también que por el invierno, y particularmente por las fiestas de Navidad, pasábamos la noche leyendo alguna obra de teatro como "El Pan de Piedra", "El Sol de la Humanidad", "La Libertad Caída", y también obras de Shakespeare; influyendo todo ello a que este grupo lo considerara yo diferente al resto de la clase obrera, que no tenía más preocupación que la de llenar la tripa, y también, de jugarse el dinero y emborracharse en las tabernas !Cuántas tragedias he conocido originadas por estos vicios!. Pasó algún tiempo, a mí se me consideraba ya como compañero, libro que pasaba por mis manos lo leía con devoción; leí a Tolstoy , a Bakunin a Kropotkin a Malatesta a Faure a Víctor Hugo, Emilio Zola, Carlos Malato a Max Nelau, a este lo conocí personalmente en Barcelona en el año 29, con ocasión de asistir con otro compañero a una conferencia que dio Federica Montseny en la escuela de Bellas Artes. Leí también a varios precursores de las ideas ácratas, como Ricardo Mella, Tarrida del Marmol, Fermín Salvochea, y tantos otros defensores y pagadores de los postulados a que dieron vida a la Primera Internacional, como Anselmo Lorenzo y otros. Esto me determinó a liar mi suerte haciendo causa común con los que verdaderamente luchaban para que la humanidad pudiera llegar un día a verse libre de tiranos de toda calaña.

Pasó algún tiempo y nos separamos de los socialistas, y nos pusimos a la tarea de organizar sindicatos de Ramo y de Industria, pues nuestro grupo lo constituía un buen puñado de excelentes y estudiosos compañeros. Era tan intensa y fructífera nuestra actividad que en poco tiempo quedaron organizados los sindicatos del papel, de la construcción, del ramo de la piel, campesinos y el de oficios varios que abarcaba al grupo de panaderos, algunos obreros del ramo de la madera, y también unos obreros de la brocha gorda, y ulteriormente en asamblea general de todos los sindicatos fue creada

la F.L. de que fui su primer secretario. Hay que advertir que todos estos sindicatos fueron inscritos dentro de la C.N.T. por voluntad propia de sus componentes.

Recuerdo que en el año 20 se celebró un centenario de la Virgen del Milagro, Patrona del Pueblo. Las autoridades civiles, eclesiásticas y militares de la localidad pusieron mucho interés en dar a la fiesta toda la magnitud en la propaganda, alumbrado público, instalación de un grande y hermoso Altar, situado en la plaza de Canalejas, en donde se encuentra un viejo palacio de los primeros Duques de Medinaceli (dicho palacio tiene cuatro torres, y el Altar estaba de extremo a extremo de cada torre, ocupando una extensión de fachada de más de 70 metros).

El pueblo con su alumbrado, sus arcos de verde arboleda, las casas blanqueadas, y las llegadas de varias familias contestanas residentes en distintas capitales de España y otros países. Se vivieron días de animación, de espectáculo y de alegría que nunca se había conocido, actuando grupos de bailarines y cantadores de jotas que vinieron desde Valencia, lo cual dio más brillantez a la fiesta, actuando también el regimiento de Vizcaya de Alcoy que estuvo presente el primer día de fiesta y el cual asistió a una misa de campaña que se celebró en dicha plaza.

En el año 23 cuando se promulgó la dictadura del General Primo de Rivera, todos los sindicatos fueron clausurados, pero nuestra organización se mantuvo firme y compacta en todo este periodo de mordaza de Rivera y Berenguer, pues aunque los sindicatos estaban clausurados la cotización siguió su curso normal debido a que en todos los centros de trabajo los comités de los respectivos sindicatos designaban delegaciones en todas las secciones y se encargaban todos los sábados de poner en el carnet de cada afiliado al sello de la cuota semanal, (que era de 0,25 céntimos). Esto nos ayudó en gran manera a cumplir con nuestros deberes ante los comités superiores en el área regional y nacional, pudiendo asistir a la cantidad de plenos y

reuniones que por aquella época la C.N.T. celebraba con una inmensa actividad. Recuerdo que en uno de estos plenos celebrado en Elda conocí a Fontuara, Antonia Maimón, Durán.

Los dos últimos maestros racionalistas, el primero en aquella época trabajaba de mecánico; muchos más compañeros conocí haciendo muy buenas amistades, pero con aquellos que estaban exentos de todo extremismo. El tiempo y los acontecimientos me han hecho olvidar muchas cosas.

Con el consentimiento de mis padres y de mi hermana Teresa y del marido de ésta, mi buen Toni, logré que mi Negrita fuese instalada en casa de mi hermana, pues además de ser hermana mía me había alimentado con su pecho cuando yo era pequeño, por la razón de caer enferma mi madre y ella amamantaba el primer hijo de su matrimonio. Me tenía un cariño como si fuera su propio hijo ya que el de ella desgraciadamente se le murió.

Aquella bondadosa Teresa y su marido Toni merecen mi eterno agradecimiento por haber estado vinculados de forma muy estrecha con mi vida, además era un matrimonio dotado de unos sentimientos tan humanos que mucho antes de albergar a mi Negreta ya habían recogido a tres hijos de una hermana de mi cuñado y que se habían quedado huérfanos de padre y madre, dos de estos hermanos viven aún y están en la Argentina; así es, que la casa de mi hermana Teresa albergaba a cuatro orfelinos entre estos y sus tres hijos ya mayores llamados Antonio, Moreno (José) y Milagro, no ha habido nunca acción de desafecto por parte de sus protectores ni de sus hijos, al contrario, se sentían cada día más hermanos y solidarios entre ellos.

La casa de mi hermana, los domingos y días de fiesta, parecía una colmena de abejas pues allí nos juntábamos cinco parejas de novios que nos íbamos de paseo y muchas de las veces salíamos al campo con la familia de mi hermana, y también solíamos hacer pequeñas excursiones a los pueblos limítrofes como Benimarfull que había unos pequeños baños. Se puede decir que se nos miraba por parte del

pueblo con mucho respeto por nuestra seriedad e intachable conducta, la cual iba ligada siempre a la voluntad y cariño que poníamos dentro de los sindicatos para mejorar las condiciones morales y materiales de la clase obrera.

Cuando cada uno de estos amigos terminó sus obligaciones militares, poco a poco nos fuimos uniendo las parejas en lazo matrimonial, siendo yo el primero en dejar la soltería por libarme de hacer el servicio militar al tener mi padre más de 65 años y ser yo el único que les ayudaba.

Me casé el 20 de junio de 1925. En esta época ya hacía algunos años que trabajaba yo en casa Eugenio torró (Pena). Debido a una crisis en la industria del calzado, había muy poco trabajo y yo era padre de familia y tenía que preocuparme por atender las necesidades de mi hogar. Un día fui a casa del peluquero a cortarme el pelo y este me propuso comprar un camión entre los dos, que me enseñaría a conducir y así lograríamos una contrata de arena para un ferrocarril que había en construcción de Alcoy a Alicante. En fin, consulté con mi familia, compramos el camión, aprendí a conducir, pero la primera vez que yo cogí el camión fue para llevarlo a reparar ya que tenía roto uno de los piñones de la caja de velocidades y estaba obligado a llevar el coche en primera velocidad o directa que era la que más corría. El resultado de mi debut fue que me metí dentro de la farmacia de don Enrique Esteve al dar la curva de casa el tío justo "el mañá", pero no hubo nada que lamentar y salí como pude de aquel tropezón y continúe hasta Alcoy donde tenían que repararlo. No tuve buena suerte con la vida de camionero, pues mientras yo a las 5 de la mañana ya estaba echando de pala y rodando por las carreteras trabajando como un esclavo, mi socio el peluquero se hacía con los cuartos haciendo el señorito. Rompí la sociedad y de dos camiones que teníamos me quedé con uno, pero ya los trabajos de los túneles tocaban a su fin, y la vía férrea no llegó a terminarse por decisión del Gobierno; fue la época de la dictadura Ribera Berenguer.

En el año 29 tuve que dejar el camión a consecuencia de un accidente del cual no era yo responsable, pero cómo se trataba de una fuerte compañía de autobuses llamada “La Alcoyana” y los dos estábamos asegurados en la misma compañía, me lastimaron a mí, pagando gastos y perjuicios. De nuevo me vi obligado a pedir trabajo de zapatero en la misma fábrica de Pena. Quiero hacer constar que en esta época, ya era yo padre de una niña llamada Elena, y de un niño que le puse un nombre de Mario; estos nombres causaron disgustos en mis padres, porque querían que los hijos siguieran la tradición llevando los mismos nombres que sus progenitores, pero yo desde muy joven llevaba en mi cabeza los nombres de Elena y Mario, a raíz de haber leído una novela que se titulaba “LOS GALEOTES DEL AMOR” así es que la naturaleza me concedió que yo y mi Negra nos viéramos atendidos en nuestras ilusiones.

En diciembre del año 29 se presentaron acontecimientos políticos-sociales, el manifiesto de Largo Caballero y sus discursos llevaban la totalidad de las masas obreras de la U.G.T. pero estas no podían actuar ni llevar a cabo ninguna acción sin la concurrencia de la C.N.T. por lo menos en algunas regiones de España, y principalmente Cataluña y Levante, en donde su predominio era a todas luces reconocido. Pero las masas confederales siempre han estado dispuestas a apoyar y sostener cualquier movimiento de reivindicación social, aunque este fuera iniciado por la U.G.T. y por estas razones nosotros actuamos en este y otros movimientos con más ardor que los propios ugetistas, ya que los palos y la cárcel siempre recaían sobre los elementos confederales. Fue el 29 de diciembre de 1929 cuando conocí por 1<sup>a</sup> vez el trato que daba la Guardia Civil y las amarguras de la cárcel. En el año 31 otro compañero de trabajo llamado Vicente Faus y yo nos salimos de la fábrica en la que trabajamos y nos decidimos a crearnos una vida independiente. Pedimos prestadas 250 pesetas cada uno y con este dinero compramos unas hormitas de babínes, y con el crédito que nos dieron los almacenistas de cueros de la localidad, señores don Ramón

y José Ibáñez , nos pusimos a fabricar zapatitos para niños. Otro compañero llamado Salvador Martí, que era corresponsal de prensa, se agregó a nosotros y venía por las tardes y nos llevaba las cuentas.

Pasamos un largo período de fatigas y de estrecheces económicas, pero con la ayuda y voluntad de nuestras mujeres pudimos soportarlo todo. Vino el 31 de abril y se proclamó la República. El taller se convirtió en el centro de efervescencia de muchas de las actividades políticos sociales, y hasta el primer alcalde Alberto Moltó se salió de la casa Riera en la que trabajaba como contable, y se incorporó en nuestra pequeña colectividad, qué poco a poco iba aumentando su volumen, y adquiriendo crédito en todos los sentidos más tarde se nos ofreció un excelente modelista que prestaba sus servicios en la casa de don Bonifacio Pérez. Este hombre además de hacer los modelos representaba dicha casa en Madrid y era de procedencia andaluza y se llamaba don José Guijarro, hombre de muy buenos sentimientos, y cada vez que dejaba la capital de España para venir a Cocentaina a preparar la colección de temporada de la casa que representaba, venía a nuestro taller y nos daban consejos, un día me llevó con él a Elda a la fábrica de hormas “AGUDO HERMANOS”, y en nuestra presencia se hicieron unas hormas que nos sirvieron de modelo para una pequeña colección de zapatos de señora con tacón cubano. Cuando este señor se fue a Madrid se llevó nuestra colección y a partir de los 8 días de haberse despedido de nosotros... llovían los pedidos que nos mandaba, y todos los clientes muy solventes que efectuaban los pagos sin inconveniente alguno.

En este lapso de tiempo los socialistas de la localidad crearon una cooperativa de fabricación de calzado, pues al advenimiento de la República engrosaron sus filas y muchos campesinos, que eran pequeños propietarios, acudieron al partido, así es, que para la creación de esta cooperativa se efectuaron muchísimas suscripciones para recoger el capital necesario por la adquisición de maquinaria y materias primas. Lograron un gran local de dos plantas situada en la parte alta del pueblo y lindante con el barranco de Lucián. Se formó

el Consejo de Administración compuesto por Antonio Rives, Luís Deltell, Vicente Barrachina, Soriano y otros, el primero de estos indicados era el presidente y el segundo el contable; la puesta en marcha de esta cooperativa despertó en el pueblo de Cocentaina gran emoción de alegría y muchas personas empleaban sus ahorros en acciones para engrosar el fondo del capital. Rives se convirtió en hombre de negocios, siempre estaba de viaje con su contable. Caturla de Villena, era el primer abastecedor de esta colectividad, pero al año de estar fabricando de día y de noche... empezaron las desavenencias en el seno del Consejo de Administración, y como eran los mismos personajes que actuaban en los comités de la U.G.T. y el partido socialista de la localidad, siempre se reunían y salían discutiendo, hasta llegaban a las manos unos con otros. No recuerdo cuando tiempo duró esta cooperativa, pero me parece que su existencia fue muy corta, porque algunos de sus componentes se incorporaron a nuestro taller por haber desaparecido la cooperativa en un incendio.

Nuestro taller seguía su marcha progresiva, el pueblo nos admiraba y había una extrema confianza con los militantes de la C.N.T..

Cuando yo regresé a mi casa, después de la venta del pescado, serían la 1:30 de la tarde del día 19 de julio de 1936, vi con gran sorpresa que me esperaba una comisión de los sindicatos, la cual me explicó que en vista de los acontecimientos y de las noticias que daban las emisoras catalanas daban a entender que las fuerzas obreras se habían lanzado a la calle para combatir y deshacer el movimiento fascista que traidoramente quería apuñalar a la República que el pueblo español había conquistado con toda legalidad por sufragio universal en abril de 1931, y para tal efecto se había celebrado aquella mañana una magna asamblea en los locales de la C.N.T. y que en dicha asamblea se me había nombrado por unanimidad presidente del Comité Revolucionario. Acepté el cargo e hice gestiones con el alcalde que se mostró complacido y nos dio posesión en la Casa Consistorial en la que a partir de aquel momento no había mas autoridad que la del Comité Revolucionario. Se requisaron toda clase

de armas de fuego y con ellas se equiparon a un grupo de milicianos que fue elegido para mantener el orden de día y de noche.

Toda la industria quedó paralizada, menos el campesinado. El Comité Revolucionario logró de la patronal que se hicieran efectivos los salarios de los obreros que había en cada fábrica, además algunos pudientes que tenían dinero en los bancos se les invitó para que hicieran algún donativo con el fin de que el pueblo no pasará hambre. Todos los fondos venían a la caja del comité, menos los salarios de las fábricas que iban directamente a los sindicatos donde acudían los obreros a percibir sus salarios. Los que formábamos el comité estuvimos más de un mes y medio sin ir a dormir a nuestras casas; pasábamos los días y las noches trazando planes, corrigiendo defectos y atendiendo lo mejor posible las necesidades de un pueblo. Nos dimos cuenta de que eso de ir a cobrar las semanas al sindicato sin haber trabajado creaba vicios, holgazanería y grave perjuicio para la economía local, por lo que se decidió que cada fábrica construyera sus refugios y así poder estar al abrigo por si se presentara algún bombardeo como más tarde ocurrió en el vecino pueblo de Alcoy. Al tomar estas medidas en fábrica y en el pueblo en general, mucha gente se demostraba reacia a tomar el pico y la pala, nosotros fuimos los primeros en dar el ejemplo para que la masa se decidiera a contribuir con sus brazos. Los refugios fueron realizándose con rapidez ya muy buenas condiciones de seguridad gracias a los valientes compañeros del ramo de la construcción.

Más tarde y cuando Madrid se encontraba en la más peligrosa de sus situaciones, el pueblo de Cocentaina hizo un donativo de 4 vagones de víveres a este pueblo madrileño. Fuimos una comisión a la capital de España, que estaba representada por el que escribe estas líneas, nos dirigimos al Ayuntamiento y entregamos la documentación de la expedición, nos recibió el señor alcalde don Pedro Rico y el delegado de abastos don Trifón Gómez, solicitamos a estos señores si nos podían favorecer con algunas armas cortas para nuestra defensa personal y que nos hicieran un escrito para el señor ministro de la

guerra. Allí tuve la alegría de ver a Ángel Pestaña que en una ocasión estuvo en Cocentaina para dar una conferencia en el teatro Gadea, y de conocer al señor ministro General Sarabia. Pestaña nos recibió en la antesala del ministro y le explicamos el objeto de nuestra visita, él se introdujo por una puerta inmediata de la cual salió enseguida y seguimos hablando y al final yo me determiné a decirle a Pestaña: “Ángel, no olvides que tenemos muchas gestiones a realizar... y queremos regresar mañana a Cocentaina, ¿es que el Sr. ministro no nos puede recibir?”. “Pero García, si el Sr. ministro está aquí entre nosotros...” y me señaló a un hombrecito ya de edad, delgado, vestido muy simplemente, con una guerrera muy usada y sin entorchado; nos saludamos y llamó a un ordenanza que nos acompañó a los sótanos cumplimentando así nuestro deseo. Al día siguiente cogimos el tren y regresamos a nuestro pueblo con la alegría y satisfacción de haber cumplido una misión solidaria y humana con nuestra pequeña aportación al heroico pueblo de Madrid.

A la llegada a Cocentaina reunimos a nuestras organizaciones y dimos cuenta de nuestro viaje, siendo aprobadas todas nuestras gestiones. En esta reunión se trató también de la urgente necesidad de acabar con la holgazanería pues la mayoría de los obreros desertaban de sus obligaciones, pero los sábados acudían a sus sindicatos para percibir sus salarios, y para evitar esta clase de anomalías los sindicatos dieron un comunicado a todos los Comités de Control de fábricas y talleres para que abriera sus puertas, normalizándose así todas las actividades productivas del pueblo contestano.

En esta época se encontraba el Comité Revolucionario instalado en la casa de don Rafael Esteve mientras se estaban realizando algunas obras en el convento de Santa Clara para ubicar allí dicho organismo, ya que aquello era una fortaleza y se podía hacer frente a cualquier eventualidad pues ya empezaban algunos grupos incontrolables qué armados hasta los dientes robaban y asesinaban por los pueblos. Debo decir que el pueblo de Cocentaina tenía unos 10.000 habitantes y que por lo tanto nos conocíamos bien rojos y falangistas, pero ni

unos ni otros éramos capaces de hacer barbaridades a sangre fría. No obstante, tuvimos que hacer frente en muchas ocasiones a grupos del exterior que venían con los coches pintados de calaveras queriendo llevarse a ciudadanos por el mero hecho de pequeñas rencillas personales, como ocurrió durante los primeros meses. Un día, estando yo conversando con el secretario contable del Comité Revolucionario, que era suegro del médico don Francisco Gozalbes, se me presenta Venancio Riera a pagar el alquiler del piso que habitaba en el “Teatro Moderno” (finca incautada por orden gubernativa), yo le dije: “No se entretenga, tome este salvoconducto y dígale a su padre y a su tío Luís que huyan del pueblo, pues hace ya una hora que hay un grupo que se dice “La Columna de Hierro”, capitaneados por el dueño de la casita de Selfa, que quieren hacer una sarracina en su familia”. Así sucedió, los padres pudieron huir, pero cogieron a Pedro y Venancio y los tuvieron prisioneros en la casita de Selfa, los secuestradores sembraron el pánico por todo el pueblo, pues antes de presentarse al Comité Revolucionario habían desvalijado algunas casas llevándose las alhajas de familia como ocurrió en casa de don José Reig Vilaplana , intimidaron a las criadas del chalet de Riera a que hicieran una paella para el día siguiente, pero aquella misma noche saquearon el chalet y parte de la fábrica dando lugar a que la hija de don Venancio pusiera la sirena en marcha dando así el toque de alarma a todo el pueblo.

En la noche de este mismo día se pasaron los momentos más angustiosos de nuestro periodo revolucionario, pues alertados por los sucesos de la mañana, el C.R. tuvo un cambio de impresiones y se acordó no tolerar ninguna intromisión de gente extraña en los asuntos del pueblo, aunque para ello tuviéramos que recurrir a la fuerza. Para tal efecto se distribuyeron todas las escopetas que habían incautadas en el Departamento de Defensa, y que, en previsión de cualquier acontecimiento, había una gran cantidad de cartuchos cargados con bala. Aquella noche estaba el pueblo tomado militarmente por todos los elementos de la U.G.T. y C.N.T., pero a la una de la madrugada

las llamadas de alarma hicieron poner en movimiento a toda la población y la gente corría de un lado para otro, afluviendo a las puertas de la fábrica, la cual empleaba a más de cuatrocientos obreros. La sirena seguía lanzando sus gritos de socorro y aquello era un bullicio de gente queriendo entrar para ver qué pasaba. Los del C. R. nos personamos allí para saber lo que ocurría y nos dimos cuenta de que los de la "Columna", habían asaltado el chalet y que se habían llevado presos a Pedro y Venancio, y la hermana de estos fue la que dio la alarma desde el chalet en aquella inolvidable noche.

Al día siguiente pudimos averiguar que Pedro y Venancio se encontraban presos en la casita de Selfa propiedad del tipo que capitaneaba el grupo de asaltadores; también tuvimos conocimiento de la paella que se les preparaba en el chalet, comilonas que fue ordenada bajo amenaza de muerte. Llegó la hora de la comida. Hay que advertir que nosotros empleamos aquella mañana, y parte de la noche anterior, trazando planes para desembarazarnos de aquella mala gente que se ocupaba en hacer daño en la retaguardia cuando en los frentes de batalla hacían muchísima falta los hombres y los fusiles. También eran un grave obstáculo para nosotros hombres de la C.N.T., que teníamos la responsabilidad de organizar la vida local en todos los órdenes de producción, distribución y consumo, según nuestras concepciones socialistas, el tener que enfrentarse con otros hombres que se decían sustentar nuestras mismas ideas, y pertenecer a una misma organización. Así pues, nos pusimos al habla con el comité regional de Valencia, en aquella fecha regentaba dicho Secretariado el estimado compañero Pablo Munllor, este nos contestó: "Que la organización detestaba toda acción de gente incontrolada y que por lo tanto que no permitiéramos la introducción de gente extraña en los problemas del pueblo". Mientras tanto, nos dijo también: "Voy a convocar una reunión para mañana por la tarde y así sabremos qué grupo es ese que está en Cocentaina, y vosotros debéis de hacer acto de presencia en nuestra reunión. También nos puso al habla con una especie de "Guardia Republicana" que en

aquellos tiempos tenía mucha autoridad en Valencia, y que enviaron dos coches a Cocentaina en aquella misma tarde. Pero sigamos los acontecimientos de la paella de ese mismo día en el chalet de los Riera: Mientras los de “La Columna” se llenaban las tripas de buenos manjares y buenos vinos, unos cuantos compañeros se fueron a la caseta de Selfa y sorprendieron al centinela, quitándole el fusil y liberando a los dos hermanos llevándolos al convento de Santa Clara en donde el CR tenía ya algunas dependencias instaladas y allí quedaron depositados los dos presos, ya que aquello era más seguro que en otra parte. Otros compañeros nos fuimos al chalet y al vernos las criadas se pusieron a llorar de alegría, al sospechar que íbamos a liberarlas de tantas molestias, porque aquello era una verdadera bacanal, porque la mayoría de esa gente estaba borracha, y en estos momentos nosotros también tuvimos la alegría de vernos asistidos por los dos coches de la Guardia Republicana qué cargaron con los maleantes y se los llevaron a Valencia. Al día siguiente acudimos nosotros al Comité Regional, el cual sancionó el asunto a nuestro favor. A pesar de ello no pudimos aquella noche salir de Valencia porque nos perseguían para asesinarnos, resentidos porque el comité nos apoyó. Pero al día siguiente salimos acompañados, terminando así este engorroso asunto que estuvo al borde de provocar fatales consecuencias.

Se presentaron otros casos como el anterior: Un coche que se presentó en busca de D. Elías Esteve, yo les dije que hacía mucho tiempo que éste sr. no se le veía por el pueblo. El mencionado coche partió con dirección a Alcoy, pero al llegar al Teatro Moderno en donde estaba el control, uno de los del coche calavera preguntó a un miliciano que les acompañara a casa don Elías Esteve. Lo cogieron, y para afearme que les había engañado, me presentaron al referido Esteve en el Convento de Santa Clara que era donde ya estaba instalado el C.R. Yo vi que me traían al preso y se me ocurrió advertir a todos los compañeros que pertenecían a los departamentos del mencionado C.R. La cuestión es qué los del auto calavera

tuvieron la obligación de dar explicaciones de cuál era el motivo por el que querían llevarse al citado D. Elías; las explicaciones que dio el que capitaneaba dicho grupo fueron tan desprovistas de todo fundamento que nos pusimos a reír al escuchar... “Que iba todos los días a la iglesia y esto era motivo suficiente para quitarle del mundo de los vivos”.

Otro día también vino otro coche calavera a llevarse a un viejo médico llamado don “Paco Carbonell (este hombre había tenido un hijo que también era médico y ejercía su profesión en un pueblecito situado a pocos kilómetros de Cocentaina). Los motivos por los cuales se le quería anular fueron los siguientes: "Que tenía una criada y le había prometido una donación de 5000 pts., pero como el donante murió repentinamente sin haber dejado nada escrito, la promesa no se cumplió, y el que se casó con ella vino en busca del viejo para que éste le diera el dinero o de lo contrario lo picaban".

En el mes de septiembre del 37, cuando Madrid se encontraba acosada por las huestes del fascismo italo-alemán que ayudaban al franco-falangismo español para asesinar a la República Española y a su pueblo, todos los pueblos se movían con ardientes deseos de contribuir a la defensa de Madrid, y no faltaban voluntarios que por su propia determinación, y sin pedir consejo a nadie, se iban del pueblo y lograban incorporarse en cualquier Centuria o Batallón que fuera de su agrado. Estando así las cosas ... las juventudes de la U.G.T. y C.N.T. de la localidad decidieron marchar a Madrid creyendo que en Alicante serían equipados con las armas que llegarían de Rusia. Organizaron un Batallón que con 4 autocares iban a emprender la marcha hacia Alicante entonando los himnos de los “Hijos del Pueblo”, “La Internacional” y “Las Barricadas” haciendo ondear sus banderas roja y negra. ¡Era un emocionante espectáculo de alegría y también de dolor! ya que las madres, novias y hermanos lloraban de pena al ver a sus seres queridos que se iban a la guerra si saber si los volverían a ver. Recuerdo a este efecto que salimos de la sede del CR tres compañeros con el propósito de decir unas palabras

de despedida antes de salir la caravana, situada esta delante del Teatro Gadea, pero nos ocurrió un hecho bastante desagradable; un grupo de madres que esperaban despedirse de sus hijos al vernos a nosotros, empezaron a decirnos que “embarcábamos a la juventud, pero que nosotros nos quedábamos bien tranquilos en nuestras casas” y ante esta provocación decidimos irnos con la expedición. Llegamos todos contentos a Alicante y fuimos albergados en los cuarteles de Benalúa. Allí la gente estaba a montones esperando las armas de Rusia, pero no llegaban, y mientras tanto la juventud dormía por el suelo, mal comidos y disgustados de ver que no podían emplear sus energías combatiendo al enemigo; así estuvimos más de 20 días, y ya se rumoreaba que las armas no vendrían. Cuando fuimos a entrevistarnos con uno de los responsables y este nos dijo que él no podía determinar nada, pero si queríamos regresar a nuestro pueblo lo podíamos hacer con toda libertad, y así fue, consultamos a nuestra gente y se decidió el retorno a nuestros lares.

A llegar a nuestras casas tuvimos amargas sorpresas, pues se había dado el caso que el día de nuestra salida unas mujeres alegando que a sus hijos se los llevaban a la guerra y que los hijos de los ricos y falangistas se quedaban bien tranquilos en sus casas ...hicieron que el pueblo se amotinara sin pensar en las fatales consecuencias que podrían producirse, y lo tanto nos había costado impedir en los momentos más difíciles, fue consumado en este desborde de pasiones, ya que todos estábamos propicios de ir a los frentes de batalla, pero unos se iban voluntarios y los demás cuando eran llamados a filas sus respectivas quintas. Un absurdo malentendido costó la vida a varias personas, algunas de ellas muy estimadas de toda mi familia punto este ha sido el único caso reprochable que se ha producido en mi estimado pueblo; pues nunca me han enseñado los libros que tengo leídos a destruir, y menos a destruir vidas humanas, tengan las creencias que tengan. Destruir si, pero la actual sociedad que impera en el mundo, capitalista y estatal engendradora de todos los males, de todas las desigualdades que padece La

Humanidad.

Yo he dicho en otro lugar que las fábricas se abrieron, se constituyeron los Comités de Control, se nombraron comisiones especiales que se dedicaron a tomar apuntes de toda la materia prima como maquinaria, artículos fabricados de toda la industria del calzado de la localidad con objeto de formar una comunidad socializada. En esta época solamente había dos grandes fábricas con unos 1000 obreros controlados por la U.G.T. y la C.N.T. Dichas fábricas eran "Hijos de Venancio Riera" y "Bonifacio Pérez León." Había pequeñas fabriquetas, pero éstas estaban paralizadas y clausuradas por el juzgado a causa de quiebras y suspensiones de pagos desde hacía unos 3 años. A este efecto el mismo juez nos propuso tener una reunión con todos los acreedores de dichas fabriquetas, cosa está que el CR aceptó de buena gana llevándose a buen término dicha reunión y conformándose los acreedores a cobrar en un 40%. Se convocó a los obreros que pertenecían a la plantilla de estas pequeñas industrias a una asamblea que fue celebrada en el Teatro Gadea y allí estábamos presentes los que teníamos el taller colectivo que se desenvolvía bajo la firma del compañero Vicente Faus. En esta asamblea el CR puso al corriente de los reunidos las gestiones que se habían llevado a efecto para recuperar todo lo que concernía a las antiguas empresas; se nombró un Consejo de Administración, siendo yo elegido su presidente, de la colectividad que nacía que fue bautizada con el nombre de "Industrias Socializadas del Calzado". Al finalizar la asamblea el nuevo Consejo de Administración tuvo un cambio de impresiones y se nombraron unas comisiones para que concentrarán todo el material en los locales de La Torre y Casa Pena, material y enseres que pertenecían a las mencionadas fabriquetas, haciendo su respectivo inventario. Al día siguiente partimos otro compañero y yo a Barcelona, nos entrevistamos con los responsables de la Unité Pres, casa de maquinaria de calzado que tenía su sede en la calle Urgel. Esta casa arrendaba sus máquinas, así es que pasaron los contratos de

las feneidas empresas a nombre de la nueva colectividad que logró nuevos tipos de máquinas. También estuvimos en Olot e Igualada, logrando ser atendidos en nuestras demandas de cueros y pieles. En Barcelona contactamos con un amigo nuestro llamado Elías Pauet que habitaba en la Ronda de San Antonio. Este amigo nos prometió representar nuestra colectividad en todos sus aspectos.

Regresamos a Cocentaina y dedicamos toda nuestra actividad a poner en marcha la fabricación. En Elda compramos más de 1000 pares de hormas para hacer botas de miliciano, hicimos las muestras que fueron presentadas al departamento de compras del Gobierno de Madrid y de la Generalitat de Catalunya, logramos buenos contratos y en menos de dos meses “Industrias Socializadas del Calzado” de Cocentaina fabricaba más de 500 pares diarios de botas para atender las necesidades de los que luchaban en los frentes.

Esta Colectividad la componían unos 160 obreros de ambos sexos. Los sueldos eran de 10 pesetas para los hombres y mujeres casadas y para el resto el salario era un poco más reducido. El Banco de Vizcaya de la localidad nos abrió un crédito, gracias al cual pudimos hacer frente a los apuros económicos de los primeros momentos. A medida que avanzaba la guerra y transcurría el tiempo, las materias primas se hacían difíciles de adquirir, unas porque estaban controladas por los servicios de guerra y les daban prioridad a las grandes empresas como la de Sagarra en Vall D'Uxó. A pesar de todo nosotros pocas veces nos vimos apurados, gracias a que teníamos muy buenas amistades en las tenerías de Olot, Igualada y en la misma Barcelona.

A principios de haber abandonado el Gobierno de la República la capital de España, viajamos una comisión compuesta en su mayoría por elementos de la U.G.T. a Valencia y se pidió audiencia a Rodolfo Llopis por ver si el primer ministro Largo Caballero nos podía recibir, pero perdimos la mañana y no pudimos lograr nuestro objetivo. Más tarde, otro compañero y yo fuimos a Valencia a

entregar 10.000 pares de botas para el ejército y aprovechamos esta ocasión para visitar al compañero Juan Peiró que desempeñaba el Ministerio de Industria (que estaba situado en una calle, cuyo nombre no recuerdo, y en un caserón palaciego). Subimos por una escalera que había a la derecha y entramos en el pequeño salón ministerial, donde vimos a Peiró sentado en su mesa de trabajo. Nos saludamos y le explicamos el objeto de nuestra visita, la conversación rodó sobre el grave problema que le presentaba a la industria del calzado de nuestro pueblo por falta de cueros, nos dijo que él estaba bastante disgustado con largo Caballero y con los ministros socialistas, porque había presentado proyectos y soluciones para encauzar la industria del país y no se ponía interés en llevar a efecto sus planes. En fin, estuvimos hablando un buen rato y antes de despedirnos nos propuso que fuéramos a Madrid y nos dio una carta para un joven que llevaba sus asuntos en la capital de España, el cual nos daría toda clase de facilidades para cargar una gran cantidad de cueros en sal que se encontraban abandonados en unas fábricas de curtidos que había frente a la Ciudad Universitaria. De regreso de Valencia y dando cuenta de nuestro viaje al CR y al Consejo de Administración de Industrias Socializadas del Calzado y consultarnos los comités de control de las casas Pérez y Riera, que tenían fabricación de curtidos, decidimos ir a Madrid. En breves días preparamos el viaje y ayudados por la colectividad de campesinos, cargamos 5 camiones de ajos, cebollas, coles y repollos y otras verduras más, que al llegar a Madrid -por una carretera que hay a la derecha antes de llegar a Aranjuez- descargamos en la plaza de La Cebada. Luego llevamos la carta de Peiró a su destino y nos recibió un joven muy amable e inteligente, pero observé que era muy pobre de salud y dormía en el sótano de una gran casa por temor a los bombardeos. Una vez leída la carta de recomendación nos hizo pasar a su despacho y nos dio la debida autorización para poder cargar los cueros. También nos puso un coche para que nos sirviera de guía y emprendimos la marcha con los camiones siguiendo al coche, atravesamos calles y avenidas que daban miedo de ver, todos los postes de los tranvías por tierra, las

zanjas hacían un zigzag interminable que causaba un pánico terrible el pasar por allí. Cuando llegamos a las fábricas de los curtidos las vimos todas destruidas por cañonazos de la artillería enemiga, sólo quedaban los muros llenos de agujeros donde podía penetrar un hombre sin ninguna dificultad. ¡Qué pena daba todo aquello! Todo aquel campo estaba sembrado de zanjas y alambradas y el crepitante de las ametralladoras no tenía reposo. Vinieron unos milicianos y nos advirtieron que abreviaremos nuestro trabajo porque había peligro. Cargamos los camiones y regresamos a Madrid. Cenamos de buena hora en el hotel Sevilla y sin perder tiempo salimos de la capital cuando la aviación ítalo-alemana dejaba caer sus bombas sobre este glorioso pueblo.

Por disposiciones gubernamentales, en el período de largo Caballero fueron anulados todos los comités revolucionarios y se aconsejó a las organizaciones sindicales y políticas que formaban el Frente Popular en los pueblos, que constituyeran Concejos municipales, fui elegido por unanimidad para ocupar la presidencia del nuevo Concejo y a pesar de mi renuncia, cansado ya de tanto ajetreo, del asco que me habías dado siempre la política y también el impedimento de no poder estar un momento de reposo con mis dos hijos y mi adorada Negra. Pero las presiones de mi organización y ciertas amistades, me hicieron desistir de mi actitud y cargue otra vez con la responsabilidad del pueblo, ¿es que no había otros hombres de la C.N.T. que pudieran ocupar estos cargos?, sí que los había y mucho más inteligentes que yo, pero con tanto dinamismo y fuerza de voluntad creo que no.

Cada organización mandó sus delegaciones. La C.N.T. era mayoritaria porque tenía 5 delegaciones y la presidencia, la U.G.T. 5 delegaciones, los Republicanos una delegación, el Partido Sindicalista una delegación y las Juventudes Socialistas y Libertarias una delegación cada una, un total de 15 delegaciones y la presidencia.

Se celebró la primera reunión en el salón de actos de la Casa Consistorial, dando una exposición de todas las dependencias del antiguo alcalde don Alberto Moltó. También quedaron nombradas en esta sección las consabidas comisiones de Hacienda, Obras Públicas, Abastos, Cultura etc. Pero tuvimos que hacer frente a un grave problema que nos plantearon los que se hacían llamar “La Bomba”, gente recién venida de Madrid, al descongestionarse la fábrica de explosivos denominada “La Marañosa” y de la que el gobierno instaló una sección en la fábrica de cartón de los señores Merín -sin que a estos se les consultara ni les indemnizará-. Así es que en esta industria de explosivos trabajaban los mismos obreros madrileños con sus cuadros de especialistas, al frente de todo esto había un coronel muy buena persona, y un hijo del exministro señor Giral. Los obreros del cartón fueron empleados en su totalidad. Tuvimos que alojar a toda esta gente y si hasta aquella fecha en Cocentaina no teníamos Partido Comunista, esta gente lo creó y tuvieron la desfachatez de presentar una delegación para que formara parte del Concejo Municipal, delegación que fue rechazada por no llevar más de 6 meses de residencia en la localidad.

Esto gente nos daba muchos quebraderos de cabeza, pues trataban por todos los medios de sustraer a los obreros de sus respectivos sindicatos dándoles el carnet del P.C. La colectividad de campesinos compuesta por obreros, arrendatarios y pequeños propietarios afiliados todos ellos a la C.N.T. y U.G.T. habían hechos admirables realizaciones, en ellas se habían concentrado todo el campesinado de la localidad, y abastecían las necesidades del pueblo y además parte del mercado del pueblo alcoyano. Los comunistas trataron de sabotear la obra de la Colectividad Campesina consiguiendo abrir un almacén valiéndose de algunos campesinos reacios a la colectividad. Enterado yo de todo ello me presenté con una pareja de guardias de asalto e hice llevar las verduras al mercado y clausuré el local, luego el hijo del Sr. Giral me pidió explicaciones por teléfono y yo le contesté muy enérgicamente: "En Cocentaina, no hay más autoridad

que la del Concejo Municipal". Otro día se me presenta la mujer de un compañero panadero y con lágrimas en los ojos me dice que se habían ido a Onteniente a visitar a la familia y a su regreso vieron que su casa estaba ocupada por los de la "Bomba". Recurrió por segunda vez a los de asalto y desalojaron a los intrusos; puede decirse con honestidad que los compañeros de las dos centrales sindicales me prestaron siempre su valiosa colaboración y debido a esta ayuda, a nuestro querido pueblo no le faltó el pan ni un solo día durante la guerra.

La guerra iba absorbiendo la mano de obra, los hombres eran movilizados y dejaban sus puestos de trabajo que se reemplazaban por jóvenes mujeres todas ellas llenas de coraje y de buena voluntad aprendiendo la mecánica del oficio.

El reemplazo del 21 fue llamado y yo me incorporé en Alcoy lo mismo que otros de mi pueblo, pero unos días después me llamó el Comisario y me entregó una orden en la que decía que quedaba movilizado en mi puesto de trabajo, por lo que volví a ocupar el mismo puesto en "Industrias Socializadas del Calzado" y de donde salían mis 60 pts. semanales que eran el sustento económico de mi hogar. Lo que se me daba de la Municipalidad lo entregaba a la F.L. de sindicatos de la C.N.T. y gracias a ello, el compañero J. Juan Pastor, director de la revista "Generación Consciente" nos suministró una buena colección de libros, que junto con los que tenía la F.L., resultó una selecta biblioteca que era la admiración de cuantos la visitaron.

Pero la guerra iba muy mal, cada día sabíamos nuevas avanzadas de nuestros enemigos y el pesimismo iba apoderándose de la población civil... y también de nosotros. Un día vino desde Castellón de la Plana un buen compañero nuestro llamado Picó y nos dijo: "Preparaos para salir, esto se acaba". Todo esto ocurría a últimos de 1938 y nos pusimos a averiguar el paradero de algunos compañeros que se encontraban en los frentes de batalla, pero no pudimos hacer

nada debido a que las brigadas saltaban como galgos yendo de un sitio para otro; un domingo cogí el camión de “Socializada” y acompañado por el secretario de C. Municipal recorrió casi todos los pueblos de Valencia a Castellón por ver si encontraba algún compañero, y también el marido de mi sobrina Milagro y al hijo de mi hermana Isabel, que desde la Batalla del Ebro no sabíamos nada de ellos. Toda pesquisa resultó inútil, siempre escuchábamos las mismas palabras “tal brigada hace unos días que salió de aquí...” Nos cansamos de recorrer kilómetros y kilómetros, por fin cansados y aburridos regresamos a Cocentaina en la madrugada del lunes siguiente. Solamente pudimos recuperar a un compañero de la Colectividad Campesina que se encontraba en el frente de Extremadura y que a causa de una explosión, y también a falta de alimentos, pues no comían más que bellotas, perdió la vista y supimos que había sido trasladado a un hospital de Murcia. Los compañeros de la Colectividad cogieron un coche y se lo trajeron a sus padres, gracias a los buenos ciudadanos fue recuperando fuerzas y al mismo tiempo la vista.

A principios de 1939, y aprovechando uno de los viajes a Alicante, me entrevisté con unos compañeros responsables de dicha capital, y más tarde acudí a una reunión de la C.L. Alicantina. Allí me enteré que ya habían salido compañeros con barcos de carga y que se sabía que estaban en campos de concentración de Argelia; aquella noticia me causó tristeza... y odio también hacia las llamadas “Democracias”, pues los capitanes de estos barcos no admitían a nadie si no iban provistos de un pasaporte visado por el Consulado francés y con el pago de 50 pts en plata. Regresé al pueblo e informé a todos mis compañeros y luego tuvimos una reunión con los de la U.G.T. y Partido Socialista y elementos de izquierda que por su actuación política pudieran ser castigados cuando viniera el derrumbe final, pero estos no quisieron salir. Nosotros íbamos preparando las cosas para cuando llegara el momento de nuestra salida... nuestros puestos vacantes que fuesen reemplazados por elementos no

significados.

Llegó el 19 de marzo del año 39, hacía muy mal tiempo y empezaba a caer una nieve menuda, pero fría, Antonio Ribes y yo salimos un poco más temprano que los otros con el fin de ultimar los pasaportes y el resto, hasta 13 que éramos, saldrían más tarde con él camión de la casa Riera. Ribes y yo logramos nuestro objetivo, pero el resto de los compañeros pasaba el tiempo y no venían por lo que nuestra intranquilidad era tan grande que nuestras cabezas se imaginaban miles de cosas trágicas, ya que por todas partes se veía el temor en el semblante de toda perdona que transitaba por las calles, que por cierto eran muy pocas ya que se sospechaba que era muy posible que los que no pudieran salir ... desesperados, hicieran alguna sarracina, o bien que los que iban a ocupar los mandos, envalentonados de su triunfo, hicieran una degollina. Aquello daba miedo y nosotros, en la espera de los que no venían... estábamos más muertos que vivos, por fin, serían las 2 de la tarde, vimos aparecer el camión y nuestros ánimos cobraron aliento, pero notamos la ausencia de los hermanos B. y Salvador Martí, que por muchos ruegos que les hicieron los compañeros recién llegados se negaron a salir del pueblo.

A las 4 de la tarde nos dirigimos al puerto y aquello parecía una verdadera colmena de gente, nadie podía imponer el orden y a medida que iba avanzando la tarde era el desespero de los que queríamos embarcar. Muchos atrevidos echaron sus maletas al interior del barco, este se llamaba el “African Trader” y enarbolada el pabellón inglés, pero algunas maletas de las que tiraban cayeron al agua, pero sus dueños no hacían caso y subían al barco agarrándose a las maromas que les sujetaban en el puerto. Estos sucesos con los trágicos que eran causaban también risa al ver a los hombres como si fueran gatos subir por las cuerdas. Nosotros subimos de los últimos ya bien entrada la noche. Nos colocamos como pudimos dentro de la primera bodega, pues no podíamos movernos de tan apretados que íbamos. Al fin el “African Trader” soltó las amarras y emprendió rumbo desconocido para nosotros. En la travesía tuvimos bastantes

inconvenientes pues en la noche del 19 el capitán hizo bajar a las bodegas a todos los que encontraba en cubierta y nos pidió a todos que guardásemos el mayor silencio. Al día siguiente se rumoreaba que el barco había cambiado de rumbo hacia Málaga por haber visto al “Canarias” que nos perseguía, menos mal que salió una escuadra inglesa y nuestro barco pudo cambiar otra vez de rumbo hacia Argelia y al cabo de 3 días llegamos a Orán, en donde las autoridades francesas no permitieron que el “African Trader” entrara en el puerto y se opusieron a nuestro desembarco creándose una situación de desespero. Menos mal que el capitán era muy buena persona y había tomado toda clase de precauciones en miras a protegernos, y a los 3 días de estar anclados fuera del puerto, vinieron las autoridades y unos expertos para ver si podían poner en marcha las máquinas siendo inútiles cuántos esfuerzos hicieron.

Éramos 1800 personas y a pesar de que el barco era grande se sentía ya la molestia y el cansancio de dormir encima de las planchas de hierro, y al que le tocaba la mala suerte de caer sobre los remaches de las planchas se levantaba con el cuerpo todo marcado y dolorido.

Al cabo de 8 días vimos entrar al “Stanbrook” último barco que salió del puerto de Alicante, el 26 de marzo. Nadie en el mundo que no haya visto este doloroso y trágico espectáculo será capaz de comprender el alcance que haya podido tener el martirologio de los que tuvimos que salir de España en marzo del 39. El “Stanbrook” era una masa de carne humana, allí no se veían palos, toldillas, ni escaleras, desde los más altos palos hasta el rinconcito más pequeño de cubierta... todo era un montón de seres que cada uno llevaba miles de llagas dentro de sus corazones; en cubierta no se veían ni los botes salvavidas, aquello era un hormiguero. El barco que batió el récord de todos los trasportes que salieron del puerto de Alicante y siendo el más pequeño, nada menos que llevaba dentro de su pequeño vientre cerca de 4000 personas entre hombres, mujeres y niños, pero la mayor parte eran combatientes que venían de los frentes desesperados para encontrar una salida.

**FIN DE LA PARTE I**

**ESTE DOCUMENTO CONTINÚA EN  
LA PARTE II**



CHP150295

Este libro ha sido creado en solentro.es  
El editor responsable por la publicación de este libro es JRGF.

